

## **E** La rosa enferma: ¿qué le ha pasado a la socialdemocracia europea?

A principios de siglo, casi el 70% de los ciudadanos de la UE vivía bajo primeros ministros de la órbita socialdemócrata; hoy, esa cifra se limita al 10%. Y apenas hay tres mandatarios (de 27) de este signo en el Consejo Europeo: la danesa Mette Frederiksen, el maltés Robert Abela y Pedro Sánchez. ¿Cómo se gestó esta gran crisis?

 ESCUCHAR EL ARTÍCULO | 13 min. 



De izquierda a derecha: Robert Abela, Jonas Gahr Støre, Mette Frederiksen, Pedro Sánchez y Keir Starmer.



**CLAUDI PÉREZ**

14 JUN 2026 - 05:30 CEST



116

Añadir EL PAÍS en Google

La ley dice: mermelada ayer y mermelada mañana, pero nunca mermelada hoy”. Esa frase redonda de *Alicia a través del espejo* le sienta como anillo al dedo a la dieta electoral a la que se está sometiendo la socialdemocracia, una familia política con más de 150 años de historia que dominó la segunda mitad del siglo XX europeo (mermelada ayer) y cuyos líderes prometen una y otra vez que contraatacará con fuerza (mermelada mañana), pero que hace tiempo que no cata la dichosa mermelada, metida en una cura de adelgazamiento larga, más larga que esa gira de Bob Dylan llamada *Never Ending Tour*. En medio de la [marea derechista y ultraderechista](#), y con una fragmentación política formidable en su espacio, el centroizquierda europeo sobrevive hoy como una fuerza de tamaño medio, a veces tirando a *welter*. Boxea muy por debajo de su peso histórico. A menudo se queda en tierra de nadie. Y está en franco declive; le falta *punch*, últimamente acaba en la lona elección tras elección. Esa suave decadencia, que dura ya décadas, se ha transformado en hundimiento en algunos países: Francia y Alemania —[el SPD está ligeramente por encima del 10%](#) en intención de voto —, nada menos; subsiste en otros (Italia, Portugal) y logra sacar la cabeza y conservar el poder en unos pocos ([Dinamarca](#), con políticas migratorias durísimas, y Reino Unido y España, con enormes dificultades).

La rosa socialdemócrata europea, en fin, se marchita. En parte porque se está marchitando el prefijo social, en agendas como la migratoria, y en parte porque es la propia democracia la que está sufriendo de lo lindo. Esa erosión empezó en los años ochenta. Entonces pasó de cosechar un 40% de los votos en sus años mozos, incluso más ([aquel 48% del PSOE en 1982](#)), a una media que hoy está en torno al 20% en Europa occidental. Va camino incluso de la desaparición en algunos países, a pesar de que tiene un probado historial de remontadas. [La muerte de la socialdemocracia](#), tituló este diario allá por 1989, en uno de sus baches; “Las noticias sobre mi muerte son exageradas”, le espetó una vez el escritor Mark Twain a un periódico que había publicado su obituario.

## El colapso de la socialdemocracia europea: en busca de una emoción →

¿Cuándo se jodió ese Perú? Los académicos citan la crisis del petróleo de los setenta, que provocó el ascenso de Reagan, Thatcher y los neoconservadores, y una crisis existencial en la izquierda. A menudo también se señala [la caída del Muro](#), que llevó a algún zoquete a dictaminar el fin de la Historia, con ese matrimonio aparentemente indisoluble que iban a formar capitalismo y democracia, y que hoy se cae a pedazos. La tercera vía de Tony Blair y Gerhard Schröder, a caballo entre el siglo pasado y el actual, dio un impulso pasajero al proyecto, pero acabó dejándolo grogui entre el desastre de Irak y una política económica que prometía moderar los excesos del capitalismo y falló con estrépito. Aún quedaba el golpe de gracia: la Gran Recesión, la crisis de nuestras vidas, que tenía que suponer el final de los *neocon* y el regreso de Keynes, del consenso socialdemócrata. Aquella crisis castigó de lo lindo al centroizquierda, que abrazó (al menos al principio) las políticas de austeridad y los rescates a los bancos para acabar generando un tremendo malestar, un profundo resentimiento, una edad de la ira entre la ciudadanía en la que han pescado los ultras.

El proyecto perdió atractivo; se difuminó. El centroderecha también ha sufrido, pero menos: ha sabido adaptarse algo mejor a los nuevos tiempos, a esta era de política caníbal que nos atraviesa. Antes de la Gran Crisis, izquierda y derecha se repartían el pastel electoral al 50%: hoy la izquierda tiene un tercio de la tarta, el centroderecha otro tercio y los ultras agitan el libertarismo y el etnonacionalismo con un tercio adicional. La gran pregunta, la que tal vez sea la caja negra de las democracias liberales, es qué va a hacer con eso el centroderecha: de momento está sucumbiendo a la tentación de pactar con los populistas en Bruselas y en varios países, y la socialdemocracia no termina de recuperarse del susto. Bastan dos cifras para comprobar el tamaño del boquete: a principios de siglo casi el 70% de los ciudadanos de la UE vivían en países gobernados por el centroizquierda; hoy esa cifra se limita al 10%, con apenas tres primeros ministros en el Consejo Europeo, Pedro Sánchez —con las encuestas en contra y una fatiga de materiales cada vez más evidente—, la danesa [Mette Frederiksen](#) —una socialista de derechas, al menos en política migratoria— y Robert Abela, que dirige Malta, una isla con menos de medio millón de habitantes. Eso sí, la risa va por barrios: el centroizquierda figura también como socio minoritario en varias coaliciones, aunque a menudo eso acaba siendo contraproducente cuando llega la cita con las urnas. Y, fuera de la Unión, pero aún en suelo

européico, se suman [el británico Keir Starmer](#), con un futuro *azulosucrocasinero*, y el noruego Jonas Gahr Støre, que capitanea la remontada en Escandinavia.



El presidente del Consejo Europeo, António Costa, inaugura la cumbre del 18 de diciembre de 2025 en Bruselas.  
**MICHAEL KAPPELER ( DPA / GETTY IMAGES)**

¿Y cómo se jodió el Perú? En Europa hay cada vez menos obreros y más clase media, mucho más voluble, menos fiel: la base de votantes se ha desgastado con la desindustrialización y la pérdida de peso de los sindicatos. Además, la izquierda se ha dividido a toda velocidad: “El elemento clave para entender la debilidad de los socialdemócratas es la fragmentación del espacio de izquierdas, con pérdidas netas de votos hacia partidos de izquierda radical, hacia los Verdes y hacia otras propuestas, y a veces también hacia el centroderecha. Contra lo que se piensa, y contra lo que creen los propios partidos, las fugas hacia la ultraderecha son mínimas”, resume Silja Häusermann, de la Universidad de Zúrich.

Pero eso no es todo. Su credibilidad se ha desdibujado porque fueron

complacientes con la austeridad y no han sabido poner coto a las desregulaciones de las derechas, que están desmontando parte de la agenda verde y de la normativa para embridar a las grandes tecnológicas. No han logrado atajar la [desigualdad](#), la enfermedad económica más peligrosa de esta época, con pérdidas de poder adquisitivo que son combustible de gran octanaje para los ultras, ni resolver problemas como la vivienda. Optaron por el pragmatismo y la ortodoxia con la UE y con la economía, y no han sabido traducir las metas que definen su identidad en un perfil político más nítido. “La socialdemocracia era una pelea por la redistribución, hasta que se aferró a las políticas de igualdad como rasgo fundamental de su identidad”, asegura el académico y exministro socialista José María Maravall.

Pero es que además ni siquiera los expertos se ponen de acuerdo sobre las causas. “No puedo estar de acuerdo con que los problemas de la socialdemocracia proceden de que se obsesionó con las minorías”, argumenta rotundo el pensador [Pankaj Mishra](#). “Hay muchas razones para explicar la crisis actual, incluida la destrucción de la antigua esfera pública por las redes sociales y los gigantes tecnológicos. Las razones más profundas son los errores estratégicos, con su giro hacia las políticas neoliberales después de 1989. El socialismo perdió legitimidad cuando sacralizó los mercados libres, la codicia y la acumulación de riqueza como ideales, cuando vio la desigualdad como una etapa transitoria hacia la prosperidad universal y participó en la creación de una tecnocracia amoral que acabó desplazando todo el terreno de juego político hacia la derecha”, explica el autor de uno de los ensayos más sugestivos de los últimos tiempos, *El mundo después de Gaza*. “Los Blair, Aznar, Sarkozy, Macron, Obama y tantos otros”, prosigue Mishra, “son ejemplos de líderes fascinados por la riqueza y el poder. Bajo su liderazgo la política se desplazó hacia la derecha”, un movimiento tectónico en el que otorga a los dirigentes progresistas buena parte de la culpa. “Ahora la principal preocupación de sus sucesores es imitar el éxito fácil de la ultraderecha para seducir a muchos ciudadanos frustrados, en especial con la migración: la única excepción es la España de Pedro Sánchez”, cierra.

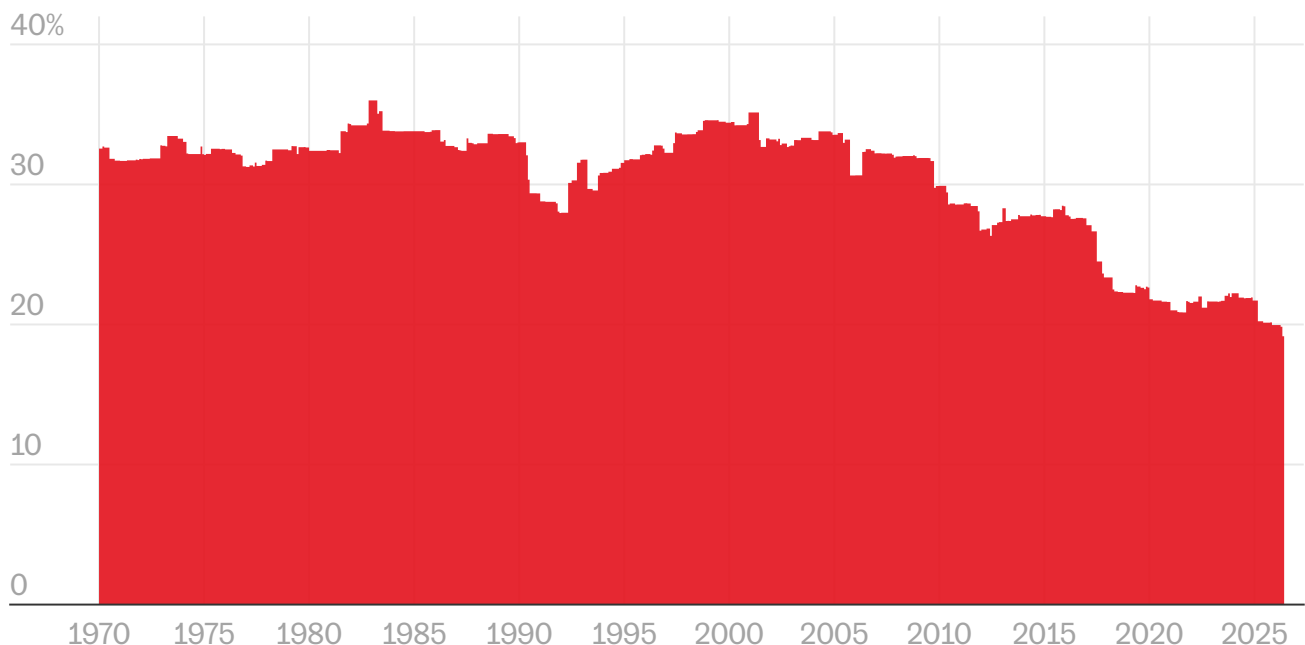
“La familia socialista no ha sabido navegar en sus contradicciones. Hay múltiples causas en su declive. Perdieron pie con la desindustrialización y con la fragmentación de su espacio político, especialmente con las meteduras de pata de la Gran Crisis”, añade Jane Gingrich desde Oxford. “Últimamente han cosechado un fracaso doble: han endurecido algunas políticas, como la migratoria, pero ahí no consiguen pescar votos, salvo en Dinamarca, y están a la defensiva, incapaces de proponer políticas atractivas que lleven la utopía unos centímetros más allá del Estado de bienestar”.

Tienen dificultades, sostiene, para ofrecer una visión nítida en agendas como el cambio climático, las recesiones democráticas, la erosión del poder adquisitivo, la vivienda o la preocupación por la inteligencia artificial. “La derecha lo tiene más claro: excluir y proteger, si hace falta de la mano de la ultraderecha y los tecnomagnates”. El centroizquierda, argumenta, necesita articular mejor su discurso, con líderes “audaces e inspiradores”: no basta con salir a defender el Estado de bienestar. “Sánchez lo ha conseguido durante mucho tiempo. [Mamdani](#), en Nueva York. Carney, en Canadá desde posiciones más liberales. Australia”. Hay algunos ejemplos aquí y allá, apunta, pero no se ve un programa general, internacional, rotundo.

[Thomas Piketty](#), autor de *El capital en el siglo XXI*, recogió ese testigo en una conversación con *Ideas*: “La izquierda debe promover plataformas más internacionales y ambiciosas, algo que sí tienen las derechas, para transformar el sistema; eso incluye la creación de grandes fondos soberanos, una inversión masiva en educación, sanidad e infraestructuras públicas y políticas firmes para reducir dramáticamente la desigualdad. En una palabra: ambición”.

### **Voto a partidos socialdemócratas en Europa**

Porcentaje de voto para partidos socialdemócratas en las elecciones parlamentarias de cada país. Media de 31 países, ponderada por población



Cada país cuenta con el resultado de su última elección. La familia de cada partido es la que asigna ParlGov.

Fuente: ParlGov, Manifiesto Project y resultados oficiales / EL PAÍS

¿Es demasiado tarde? Pensadores como [John Gray](#) consideran que, por sus propios instintos, la socialdemocracia ya no es viable. Defiende que sigue

ligada al modelo de posguerra, al keynesianismo y al pleno empleo, que ha desaparecido: “El giro *neoon* hacia los mercados libres y desregulados generó una increíble ruptura social e inestabilidad política, un individualismo exacerbado”, ha escrito. “La mera idea de la flecha del progreso, tan socialdemócrata, es una superstición”. Gray estima que no se trata del declive de la socialdemocracia, sino del de Occidente, una crisis del orden liberal democrático. El diplomático y escritor José María Ridao asegura que, en agendas como las de migración y globalización, el centroizquierda “se ha llevado por delante el Estado de derecho y ha contribuido al desorden global actual”.

En esa encrucijada, Gingrich, desde Oxford, y otros académicos como Jonas Pontusson (Universidad de Ginebra) o Massimo Morelli (Bocconi) divisan cuatro futuros posibles. Uno: Dinamarca, con su mano dura con la migración y su apoyo a las políticas sociales, aunque ese modelo parece poco exportable. Dos: Noruega y Australia, con el centroizquierda alcanzando el poder con políticas centradas en la recuperación del poder adquisitivo, como Carney (sin ser un socialdemócrata) en Canadá. Tres: la excepción española, con apertura a la migración y políticas económicas de izquierdas, a pesar de su frágil mayoría y la fatiga aderezada con casos de presunta corrupción. Y cuatro: el enfoque progresista con un punto populista de algunos líderes latinoamericanos, como Lula en Brasil o [Sheinbaum](#) en México, aunque los expertos admiten una volatilidad enorme en esa región. Mishra ofrece aún otra vía adicional: “El centroizquierda aún es viable en muchos países si se permite a sí mismo salirse del corsé de una estructura partidista a menudo disfuncional. Bernie Sanders podría haber derrotado a Trump. [Jeremy Corbyn](#) fue sistemáticamente atacado por su propio partido en el Reino Unido. No faltan perfiles con talento e integridad con una mirada netamente de izquierdas. Pero para ello habría que abordar la corrupción en las estructuras de los viejos partidos, que a menudo bloquean esas salidas, antes de albergar esperanzas de revitalización”.

Todo eso se ve bastante borroso; recuerda a la ley de la Alicia de Lewis Carroll. “Hay claridad en las causas del declive, pero mucha menos en las propuestas para salir de ahí”, admite Joaquín Almunia, exministro socialista y exvicepresidente de la Comisión Europea, que respecto a esa última posibilidad que apunta Mishra afirma que su familia política a menudo ha pecado de ser vista como demasiado establishment, pero otras veces se ha radicalizado, y así ha perdido credibilidad. Europa y la socialdemocracia, con su síntesis entre ortodoxia e idealismo, con su oscilación entre el excesivo pragmatismo y las propuestas utópicas, son las dos principales víctimas de la

Gran Recesión. “Ahora mismo estamos en horas muy bajas”, admite, “pero siempre existirá ese espacio político de centroizquierda, de respeto por los derechos humanos, por la búsqueda de apoyo para los más vulnerables”. “A quienes entonan continuamente el réquiem por la socialdemocracia hay que decirles que vamos a volver. No seremos los mismos. Ni propondremos las mismas políticas, porque el mundo ha cambiado y hay que encontrar recetas para paliar las enfermedades y el malestar actual. Pero enterrarnos es un profundo error: volveremos”, promete Almunia con un mensaje que recuerda al de Mark Twain.

“Lo importante es saber quién manda”, dice también la Alicia de Carroll, y la marea de las derechas es incontestable hoy en día. “El mar no recompensa a quienes son demasiado ansiosos, demasiado codiciosos o demasiado impacientes”, según el aforismo de Anne M. Lindbergh, pero van 20 años a la baja.

#### **SOBRE LA FIRMA**

---



#### **Claudi Pérez** | ✕

Corresponsal político y económico. Ex director adjunto de EL PAÍS y ex redactor jefe de política nacional. Antes fue corresponsal en Bruselas durante toda la crisis del euro y especialista en asuntos económicos internacionales. Premio Salvador de Madariaga. Madrid, y antes Bruselas, y aún antes Barcelona.